

CSUDAY CSABA

¿ORBIS TERTIUS NON DATUR?

¿Cuál es el secreto del „milagro” de Borges? ¿El que habla, lo que dice (enuncia, pregunta), el cómo de lo que dice o por lo que dice? ¿Qué explica que mientras el *boom* latinoamericano se desvanece poco a poco, la popularidad de Borges no disminuye sino al contrario: parece incrementarse cada vez más (como lo demuestra la excelente colocación de la reedición húngara o, más exactamente, la nueva selección en cinco tomos de su obra en las listas de los libros mejor vendidos)? ¿A qué se debe que los modernos, los postmodernos y post-postmodernos no dejen de poner el nombre de este escritor – en ciertos aspectos – decimonónico en su bandera? ¿Cómo se entiende que los lectores que tienen menos conocimientos sobre la literatura, la filosofía (y sobre las ciencias espirituales en general) disfruten igual sus textos „fantásticos” que los pocos entendidos? ¿En qué consiste pues el secreto de Borges?

¿Será el hombre de quién, pese a las innumerables entrevistas, comentarios etc., casi nada sabemos, o su personalidad que se ha convertido en mito ya en su vida? ¿El poeta ciego, el Homero de nuestra época (que, por cierto, perdió su vista al tener 56 años, empezando ya el declive de su trayecto vital? ¿El argentino, que escribía en español y sin embargo, según dicen muchos, se considera el mejor escritor anglosajón del siglo? ¿El trotamundos cosmopolita que durante sus años juveniles vividos en Suiza, España e Inglaterra mentalizaba su condición de „europeo expatriado” bajo la influencia de sus lecturas de Conrad, Baudelaire, Joyce y Schopenhauer? ¿El que llevaba en su sangre una verdadera „polisemia génica” por la mezcla de antepasados españoles, ingleses, portugueses, judíos y vascos, y en la casa natal de quien se hablaba alternando el español con el inglés y el francés? ¿El solterón para siempre que, aunque poco antes de su muerte se casó con una japonesa, juró fidelidad perpetua – siendo aun joven y guapo – a la

Literatura, a la Belleza y que se envejecía como sacerdote de la Palabra para llegar a aparentar por fin el semblante mismo del Espíritu con su elegancia y su cara casi transparente? ¿Quién en el curso de tal metamorfosis mantenía un diálogo permanente con el Otro (que era él, que era él de otra manera, que hubiera podido ser, que no llegó a ser, que aun iba a ser) e iba como modelando, sondeando en sí mismo una especie de experiencia de suerte de un Narciso bajo el imperativo de „sé tú mismo siendo siempre otro!”

¿Será su postura? ¿Sus poses aristocráticas y elitistas, sus máscaras de autodefensa? ¿Su desnudez pueril, su curiosidad y su puesta a sí mismo a la merced del Universo en aquél punto mágico llamado *Alef* que es origen y fin y todo al mismo tiempo y en el mismo sitio? ¿Su bravura de Prometeo, su atrevimiento de transgresor de límite con que cuestionaba radicalmente todo valor prefabricado, toda explicación fácil, rechazaba todo tipo de apoyo salvo a su bastón famoso en que, sentado, como si se hubiera agarrado y que, estando Borges de pie y frente a sus espejos, le prestaba la dignidad de sus antecesores militares?

¿Será su convicción de que la lógica de la filosofía y la poesía van inseparablemente en par y por consiguiente la argumentación cabal no excluye el sueño y el modo de pensar en imágenes? ¿De que en la historia no hay progreso sino el eterno retorno de unas metáforas revestidas en mitos, sobre todo cuatro: la guerra de Troya, la vuelta a casa de Ulises, la búsqueda del milagroso Grial y el deicidio?

¿Será su hallazgo de que debido a la similitud entre las cosas las palabras carecen de significado (referencia real) inalterable y limitado y por la temporalidad todo puede „en-diferenciarse” de sí mismo, de lo que ya viene que si alguien reescribiera el *Quijote* cien años después de Cervantes, esta nueva versión sería „infinitamente más rica” que la original?

¿Su preocupación de que nuestra identidad, „este último refugio de la civilización del Occidente” resulta ser también ilusión si algo (cualquier cosa) puede ser otra y alguien (cualquiera) puede ser todos los demás, si lo familiar puede parecer al extraño, si, en fin, las fronteras se desdibujan hasta que ya no sabemos quienes somos, en que mundo vivimos (o viven a nosotros)? Porque – como lo hemos aprendido de Borges – si Hamlet puede dirigir y ver su propia tragedia en una escena teatral, y Don Quijote como personaje de una ficción puede leer sobre sí mismo en la misma obra, ¿también nosotros podemos ser puras ficciones a quienes están soñando (o somos soñados, vividos por alguien)?

¿Sería su sabia ironía, escepticismo elégico que viene también de su idea de la „nadería de la persona”, porque si esta se refiere al escritor también, entonces la creación (su vida) será igualmente de vigencia

relativa? Y, por otro lado, si es cierto que tanto el escritor como el lector están encerrados en la misma cárcel de la lengua, ¿este hecho no significa ya no tener (ser) algo idéntico (exclusivamente nuestro)?

¿Se encuentra el secreto en su impecable estilo clasicizante cuya pureza y universalidad se compara y compite sólo con los de los textos sagrados?

Tal vez sí, tal vez no. Tal vez constituya el milagro todo esto, conjuntamente o por separado y junto con infinitamente más cosas, porque según dice el mismo Borges, la experiencia estética no es sino „La música, los estados de felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares (que) quieren decirnos algo; esta inminencia de una revelación, que no se produce” porque nosotros, mortales somos incapaces de percibir. Por suerte, porque si no fuera así, si lo escucháramos, fuéramos inmortales, o sea, no fuéramos.”

El ensayo apareció en húngaro en el diario „Népszabadság” de Hungría, el 24 de Agosto de 1999, en conmemoración del centenario de Borges. El texto presente aquí es traducción del propio autor.